

SOLIUS

Vivísima es la sensación que causa un ambiente apacible y bañado de luz que nos aparta de la desasosegada vida de la gran ciudad. Como pájaro que canta al sol o planta que cobra nuevo verdor saturándose de humedad, siéntese uno preservado de los tufos que se desprenden de los centros agitados y libre al propio tiempo de sus convencionalismos y quebraderos de cabeza que nos traen arrastrados y nos quitan la alegría.

La Naturaleza, vacilante aún entre el sueño del invierno y el despertar del estío; se presta a brindarnos una atmósfera saturada de salubérrimos efluvios. Penetran los poros deliciosos aromas de la vegetación. El ruido impertinente de los motores que van y vienen chafanda la carretera va atenuándose por la distancia que de ella me separa, por el rumor tranquilo del arroyo y el gorgear de las aves.

Esta mañana el aire está tibio como el agua soleada, suave como un guante; brillan las hojas de las plantas y en la luz nítida resalta el enlace de un cielo purísimo y de los árboles en el horizonte. A pie, gozoso y lleno de optimismo, me pongo en marcha. Mi ciudad natal abre unos caminos por mi bien conocidos, que nunca me vedaron sus naturales encantos,

Tras haber andado unos tres kilómetros llego a un poque que años ha era muy frecuentado por los guixolenses debido a las propiedades de su fuente sulfídrica cuyo caño ha enmudecido. Masas sombrías pueblan todavía aquel lugar que deja despejada una loma desde donde me es dado contemplar, sembradas a lo largo de la llanura, innumerables casitas que como bandadas de palomas parecen picotear un inmenso arvejal atalayado por dos campanarios que extienden la vista al mar y dominan el cielo en todo su esplendor e inmensidad. Impresionado me entrego en cuerpo y alma a aquel mar de colores, la «Vall d'Aro», que me recuerda unos días en que recorría bosques,

atravesaba sembrados y fabricaba flautas juntos a sus cañaverales.

Póngome otra vez en marcha siguiendo el atajo donde el aire es diáfano y huele a romero, a retama y a tomillo. Una vetusta masía viene a hablarme de su molino anciano y solariego mientras los pájaros hinchan sus gargantas.

Andando, andando, he alcanzado el río. Retumban los tablones de la achacosa y evocadora pasarela. Altos pinos de perenne verdor me convidan a lo lejos a respirar a plenos pulmones.

El sendero amable interna al caminante en inmenso bosque donde asoman matas de oro y cuyo hechizo misterioso proviene del abandono en que lo tienen los hombres, como si estuviera eternamente alejado del mundo. Mis pisadas, al tronchar la maleza, interrumpen el silencio.

Un camino pedregoso se alarga a mi vista hundiéndose poco a poco para salvar la colina. Sigo adelante en medio de la espesura en dirección al pueblo que queda aún lejos, mas, de repente, detengo mis pasos, suspendido ante la contemplación de algo que parece cosa de encanto; de un cuadro de sublime belleza en el que la naturaleza ha derramado los tesoros de su maravillosa hermosura. El campanario de «Sta. Agnés de Solius», aún distante, se yergue gigantesco y bello como lábaro santo agrrotado por la vegetación silvestre para dar testimonio de la fé y el arte, hijos del alma

y emanación del Creador.

La parroquia de Solius que como muchas otras nos muestra la tendencia arquitectónica o el sentimiento popular de la época en que se erigió, no ha quedado nunca huérfana del amor de sus feligreses. Pero su propia belleza la ensalza la caricia de la vegetación que la rodea. No acampan a su sombra los aperos de labranza, ni los pingajos ni los desperdicios y sus piedras limpiísimas imponen la obligación del respeto y del recuerdo.

El pueblecito ofrece también la particularidad y la belleza inusitada de sus grandes masías que quisieran un día encumbrar a su templo, temerosas de no tratarlo con el debido respeto.

A poco trecho de la iglesia parroquial, una vez he ganado ya la última cuesta, aparece en todo su esplendor una de esas mansiones rurales que tanto embellen al pueblo de Solius y tantos recuerdos encierran. Cercada de anchos muros, entre los cuales hay un gran patio rodeado de maceñas en cuya tierra negruzca se alzan con fresco esplendor plantas y flores, me la imagino, por su gran capacidad, con comedores salas y dormitorios arriba y abajo. Allí debe haber de todo: estancias para el personal de laboreo, graneros para las cosechas, cuadras para el ganado, huerta, jardín... Una fachada guarecida de historiadas rejas y su portada armonizan con la grandiosidad del edificio al que solo faltaría un escudo, aunque

Miedo y ceguera

(Conclusión)

(Viene de la primera pág.)

Solo el que acertó, el que acertó su camino en probada y definitiva andadura, sentirá viva su esencia y la razón de su existir.

Acertar... ¿será predestinación o esfuerzo?

Nuestra ceguera es inmensa, nuestro miedo terrible.

¡Quién fuera el ciego de Jericó!

—¿Qué quieres que te haga? — dijo Jesús llegado hasta él.

—¡Señor, que vea! (L. 18 41)

Y la fe le salvó. Pudo ayudarle la concisión de su deseo.

fuese borroso, si alguien quisiera aplicarle a su dueño alguna noble ejecutoria.

Todo se transfigura en poesía en estas mansiones rurales del pintoresco pueblo. Tendría yo unos doce años cuando me parecían palacios encantados que habían pertenecido a alguna dinastía de nobles que en tiempos remotos se distinguían por sus hazañas guerreras. Su contorno era para mí algo fantasmal, algo que no sabía explicarme pero que producía en mí cierta emoción. Las imagina-ba con grandes artesonados que albergaban relucientes armaduras y severos retratos que nadie podía ver. Grandes caserones encantados en la soledad del bosque, dados a soñar en el pasado, como si no entrara en ellos anima viviente.

Muchas veces he recordado la bella iglesia de Solius y sus dispersas masías. Desde la carretera, camino de la gran ciudad, las diviso y me parecen nidos esparcidos en las frondosidades que contribuyen a la tranquilidad y al alejamiento del mundo de que todavía disfrutan.

Al regresar de mi bella excursión he visto pasar a la juventud lozana. Una linda *pageseta*, los brazos desnudos, tuerce por una calle de árboles como niño travieso, unida a la vida y al sol.

J. SOLER CAZEAUX

30 años ha

Semana del 25 al 31 de Mayo de 1924

La compañía Vila - Davi puso en escena la obra de

Feliu y Codina, «La Dolores»: obtuvo un señalado éxito.

En el cine Mundial se proyectó esta semana, la película «Los cuatro ginetes del Apocalipsis».

En el Novedades se proyecta con éxito «Vidocq».

✿ El reserva del Ateneu Sportiu batió a domicilio al de igual categoría del Palafrugell, por 2 goles a 0. Formaban el equipo vencedor: Perich, Miró, Maymí, Maurez, Gimbernat, Romaguera, Nadal, Fontanella, Pujol, Sánchez II y Buxó II.

✿ Durante esta semana el tiempo ha mejorado considerablemente registrándose las primeras temperaturas estivales.

✿ El jueves, día 29, llegaron a nuestra ciudad los corredores de la VI Vuelta Ciclista a Cataluña. Cuidó del servicio de control y aprovisionamiento el Ateneu Sportiu que cosechó un señalado éxito por su perfecta organización. Los tres corredores que pisaron primero la meta de control lo hicieron por este orden: Selmo García, Miguel Muñicó y Jaime Janer.—A. M.